

ORANDO CON LA PALABRA

(Tercer Domingo de Cuaresma)

“ Llegó Jesús al manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dice :”Dame de beber”. La samaritana le dice: “Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?”. Jesús le contestó: ”Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú y él te daría agua viva. El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna. Has tenido cinco maridos y el de ahora no es tu marido”. La mujer le dice: “ Señor, dame de esa agua. Veo que tú eres un profeta. Nuestros padres le dieron culto en este monte y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén”. Jesús le dice :”Créeme, mujer, se acerca la hora ya está aquí, en que los que quieren dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad. La mujer le dice:” sé que va a venir el Mesías, el Cristo cuando venga él nos lo dirá todo”. Jesús le dice:” Yo soy, el que habla contigo””. En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer. La mujer entonces dejó el cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente:” Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho, será este el Mesías?”. Mientras tanto sus discípulos le insistían :” Maestro, come”. Él les dijo: “ Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis. Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha?. Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega, el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna y así se alegran lo mismo sembrador y segador”. En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: “ Me ha dicho todo lo que he hecho”. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación y decían a la mujer: “”Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo”

(Jn. . 4,6-9)

La liturgia, en este tiempo de cuaresma, nos presenta hoy para la reflexión y la interiorización, el encuentro de Jesús con la samaritana junto al pozo de Sicar.

Ofreciendo el agua de la vida a la mujer de Samaria, Jesús muestra la universalidad de su mensaje. Ha venido para acoger, para compartir, para salvar a todos

La Palabra, en el texto de Juan, nos muestra el diálogo de Jesús y la samaritana. Diálogo profundo, simbólico, sincero y entrañable. A lo largo de él, la mujer se siente acogida, reconciliada; brota en ella la adhesión a Jesús y el impulso a proclamar lo que ha oído y vivido junto al pozo.

ORACIÓN

Cansado de caminar
bajo el sol hiriente del mediodía,
te sientas junto al pozo
y pides, sencillamente, agua
a la mujer de Samaria.
Te acercas a la extranjera, a la diferente, a la “adversaria”,
para acogerla como es
y ofrecerle el agua que sana,
que restaura,
el agua de la Vida.

Como la samaritana,
con tantas heridas
y tanta sed sin saciar,
vengo al pozo,
a estar junto a ti,
a beber de tu agua.

El agua que refresque
mi tierra agrietada,
el agua que renueve raíces
y salte risueña,
haciendo brotar ilusión y vida.

El agua que limpie el corazón
de temores y resentimientos,
que sane heridas
y devuelva luz y calor
al amanecer de cada día.

El agua que nos libere
del egoísmo y la ambición,
que siguen creando sistemas injustos,
corrupción, fronteras
y el sinsentido de cualquier tipo de guerra.

El agua del Espíritu,
el agua que serene por dentro
y dé la fuerza vital,
que apaga la sed más profunda del hombre.

Que tu mirada junto al pozo,
me ayude a reconocer mi verdad.
a poner nombre a mis sentimientos,
errores y sueños,
y a retomar el camino
humilde y libremente,
abierta al cambio y al compromiso.

Que me sienta acogida , por ti, como soy,
que me viva reconciliada, querida, salvada.
Y desde ese vivirme en tu Misericordia,
acoja, respete, comprenda
y valore lo mejor que hay en cada persona.

Que descubra que “adorarte en espíritu y en verdad”
es adorarte desde el corazón,
desde lo más auténtico de uno mismo,
desde lo más profundo
dónde el misterio de Dios y el hombre, se encuentran.

Que como la mujer de Samaria,
anuncie a las gentes, con la vida,
lo que he oído y vivido junto al pozo.
Que comparta con ellas
el caminar en la fe,
el crecer unidas
como personas y como creyentes,
proclamando al mundo
que Tú eres el único Señor,
el Salvador.

Amén

(Hna. F.Oyonarte)